

Tango para
Lucía

Luis se miró las manos. Estaban cubiertas de sangre, igual que el resto de su cuerpo. La confusión inundaba su cerebro. De repente, no sabía en donde se encontraba: estaba mareado, y su corazón latía a toda velocidad. Se sentó, con las rodillas temblorosas, en el primer sitio que pilló, que resultó ser una cama deshecha con sábanas mugrientas; temiendo que le diera un ataque al corazón, una embolia o ambas cosas a la vez. Para sus 68 años, tenía una forma física envidiable, y no era nada exagerado en el tema de las dolencias. Durante toda su vida había sido muy activo, e incluso desde que se había jubilado, no había dejado de correr todas las noches 10 o 12 kilómetros. En las últimas revisiones que se había hecho, el sorprendido médico le había dicho que estaba más sano que una manzana: que de hecho había gente que estaba mucho peor con 20 años menos que él. Sin embargo, no habían sido sus preferencias, sino las exigencias de la vida de bombero las que le habían hecho así, aunque ahora ya todas esas costumbres formaban parte de él. En ese preciso momento se alegró de su fortaleza, y poco a poco sus músculos fueron relajándose y se concentró en tratar de recordar lo que había pasado.

Lo primero, la sangre... ¿acaso era suya? ¿Se habría herido sin querer? Se miró el cuerpo y las manos, buscando alguna herida. Pero no, no se veía nada. Respiró hondo y miró el lugar en el que se encontraba. Era una habitación cuadrada, oscura. La cama estaba deshecha y él estaba desnudo. ¿Qué demonios de lugar era aquel? Había manchas de humedad en las paredes, y se oían ruidos: ruidos sexuales que no se sabía de donde venían: del tabique anexo, de la planta superior, de la planta inferior...

El Sexo. Era algo relacionado con ello, ¿verdad? Su mente seguía borrosa. No llegaba aún a recordar lo que había pasado, pero estaba seguro de que estaba relacionado con el Sexo.

El Sexo... Hacía tanto tiempo que no lo practicaba... era lógico. Él era un hombre anticuado, que creía en las viejas costumbres. Ninguna mujer respetable digna de matrimonio se habría dejado tocar por él ni la mano siquiera. Sin embargo, cuando estaba en edad casadera, todas sus candidatas eran más putas que las gallinas. Se las pasaba por la piedra sin ningún remordimiento para luego devolverlas a sus casas y no volver a llamarlas. Alguna pretendió endilgarle un hijo que a saber quien lo habría engendrado, pero evidentemente él no cayó en la trampa. No lo cazarían tan fácilmente.

Luis nunca había conocido a su padre: era hijo de madre soltera. Había sufrido los desprecios de todo el pueblo por ello, y nunca dejó a la vieja que le explicase su versión de los hechos. Era evidente que su madre se había comportado como una puta, y que él

había tenido que sufrir las consecuencias: nada podría cambiar eso. La despreciaba profundamente por su indecencia, y todas esas mujeres que le sonreían, que se dejaban manosear, que se dejaban guiar hasta un prado oscuro, eran exactamente iguales que ella. Es más, había llegado a entender al padre que nunca había llegado a conocer, y pensaba imitar su ejemplo.

Ni siquiera le frenaron las supuestas vírgenes: sabía por los libros que algunas mujeres se metían por el coño brebajes para hacer pensar al hombre que sangraban, que su himen seguía intacto; pero él se daba cuenta de que no era así. Ninguna virgen podría gemir así, ni rodearle con piernas ansiosas... Todo era mentira.

Y así, había ido pasando el tiempo, y Luis había permanecido soltero, sin compromiso. Llegada cierta edad, las zorras ya ni lo miraban. Claro, era un viejo sin fortuna, sólo con una humilde pensión, no podía darles nada. Por eso, ni siquiera recordaba su última experiencia sexual. No se arrepentía de sus decisiones, y estaba contento con su vida. Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba y él se hacía más y más mayor, notaba que algo le faltaba. Evidentemente no echaba de menos una esposa, pero lamentaba profundamente el morir sin dejar descendencia. Sentía que iba a morir incompleto; porque su recuerdo se perdería. ¿Quién se acordaría de él cuando muriera? No tenía familia, tampoco es que tuviera amigos íntimos. No había sido un héroe en su trabajo, no había escrito ningún libro, no había nada meritorio en su existencia. Nada de lo que había hecho en vida perduraría. Sin embargo, un hijo podría haber resuelto todo eso.

Hubo un tiempo en el que intentó adoptar uno pero claro, sólo los famosos pueden adoptar niños sin problemas. A él le habían puesto todo tipo de trabas. Primero, la peligrosidad de su oficio; luego, el hecho de no estar casado. ¿Y qué? Parecía que el hecho de que un hombre soltero quisiera adoptar un niño sólo podía ser signo de que era pederasta o maricón. Pero él no era ningún perverso. Simplemente, no deseaba compartir su vida con nadie. Era un solitario empedernido, y hubiera sido incapaz de convivir con nadie en igualdad de condiciones. Pero un niño... que perpetuase su apellido, y al cual poder enseñar las verdades de este mundo...

Pero estaba desvariando, volvió a concentrarse en lo principal... ¿De quien era la sangre? No era suya, estaba claro. No tenía ninguna herida, no le dolía nada. Estaba claro que era de otra persona. Fue entonces cuando empezó a recordar....

Hacía unos meses, había ido a la ciudad, a conocer un centro para la rehabilitación de toxicómanos que habían abierto esa semana. Su pensión era generosa, sus costumbres modestas y no tenía herederos a los que dejar un capital; así que le gustaba realizar donaciones a ONGs: Médicos sin fronteras, Domun, Apadrina un niño.. todas muy lejos de su casa. Pero, además de asociaciones internacionales, a un nivel más cercano los que más lástima de daban eran los toxicómanos. La degradación a la que llegaban, su desprecio ante la vida cuando la droga les sorbía el seso... No le resultaba tan difícil imaginar un hijo suyo, si lo hubiera tenido, cayendo en las garras de tan poderoso enemigo. En esta mierda de mundo, era lógico tratar de evadirse.

En realidad, (todo hay que decirlo) pese a esa supuesta compasión, Luis prefería no acercarse a los drogadictos, porque le deprimían. Estaba seguro de que su dinero se empleaba bien, y su donación era bastante generosa y siempre puntual; pero la ONG se había empeñado en que los socios fueran a ver en qué invertían el capital recibido. Le mandaban cartas todas las semanas recordándole que no sólo el dinero era importante, y casualmente, una tarde que no tenía ningún plan, le llamaron por teléfono. Aquel día inauguraban en el barrio de San Juan un nuevo centro, y él estaba invitado a conocerlo. Luis ya sabía que lo que querían era más dinero, pero qué demonios: aquel día estaba algo deprimido, y le apetecía que alguien le dijera lo generoso que era y el grandioso bien que estaba haciendo, etcétera etcétera etcétera. Así que fue al dichoso centro a ver la obra para la cual había contribuido.

Era un lugar insípido, frío. Un edificio ultramoderno. Apenas había yonkis cuando él fue y, desde luego, no tenían cara de querer agradecerle nada a nadie. Bueno, salvo tal vez a sus camellos. Desilusionado, salió a la calle, una de las de peor fama de toda la ciudad. Los edificios eran antiguos, de fachadas desconchadas. Olía a basura sin recoger, y la mayoría de la gente que caminaba por la calle parecía sospechosa de algo. Todo el panorama parecía teñido de un gris sucio. Se ató la chaqueta, se subió los cuellos y, entonces, la vio: un espectro de color en un mundo en blanco y negro.

Tendría poco más de 20 años, de pelo negro azabache, y casi por la cintura. Sus grandes ojos oscuros refulgían en su cutis níveo, sin una sola peca. Orejas pequeñas, nariz respingona. Y esos labios... carnosos, sensuales, que le ofrecían mil promesas. Un calambre se apoderó de su estómago, y las manos le empezaron a temblar. Jamás había sentido con tanta fuerza el impacto de la imagen de una mujer. La muchacha, que estaba al otro lado de la calle esperando a alguien, se dio cuenta y pensó que le estaba dando un ataque.

- ¿Está usted bien, caballero? – Le preguntó después de cruzar la carretera a toda prisa. ¡Qué melodioso tono de voz! ¡Qué sensual cadencia de palabras! “¡¡Caballero!! ¡¡Me ha llamado Caballero!!” pensó.
- Sí, sí. Claro – Acertó a responder-. No se preocupe, que ya estoy bien.
- ¿Seguro? ¿No quiere que llame a alguien?
- No, de veras. Ha debido ser por el contraste. Es que ahí dentro hacía mucho calor.
- Bueno, si está usted seguro – su voz tenía un ligero deje andaluz, que sugería Sol, baile, lozanía...
- Sí, no se preocupe. Ya estoy bien. Muchas gracias.

Tembloroso y sin saber qué más decir, Luis comenzó a caminar despacio, sin poder quitar la mirada de aquel ángel. La muchacha se despidió de él sin percatarse de la impresión que le había causado y volvió a cruzar la carretera al lugar en donde estaba, perdiéndose de nuevo su mirada calle arriba. Luis torció hacia la parada de autobús, pero el rostro de su andaluza ocupaba toda su mente. ¿Cuál será su nombre? ¿Por qué no se lo he preguntado? ¿Por qué me he ido y no la he dicho nada? Comenzó a barajar posibles nombres: Lola, María, Rocío...¿Lucía? Le gustaba ese nombre. Seguro que se llamaba Lucía. En el autobús no sintió la masa de gente que le empujaba, ni las conversaciones que giraban a su alrededor; que normalmente provocaban su desprecio con tremenda facilidad. Sólo tenía mente para Lucía. Sí, seguro, sentía una iluminación al llamarla así. Estaba seguro de que había sufrido una corriente de telepatía con ella en ese breve instante en que la muchacha lo había tomado del brazo. Aún notaba ese roce como una quemadura. Sintió que esa era la primera vez en su vida que se enamoraba, pero aún no supo que sería un terrible error del que siempre se arrepentiría.

Al día siguiente, se apuntó como voluntario en aquel centro. En realidad, no tenía cualidades para asistente social, y como tenía estudios de Administrativo, le pusieron a rellenar papeles en una oficina. Era un hombre jubilado, que trabajaba gratis en un lugar al que poca gente se presentaba por iniciativa propia. Desde luego que no le rechazaron. Y todos los días, al salir a la calle, buscaba a Lucía. Comía en un tugurio del barrio, cerca de la esquina en la que se había producido aquel primer encuentro, pero nunca la vio allí. Se tomaba un carajillo en la tasca de enfrente del centro, pero tampoco allí la encontró. Pasaron semanas, meses. Empezó a pensar que todo había sido un sueño, que la mujer había sido una aparición, y que nunca nadie de tal belleza habría podido surgir de un barrio tan podrido como ese, lleno de viejos sarnosos que no tenían donde caerse

mueritos, de yonkis a un chute del otro barrio, de inmigrantes sin papeles ni futuro... Pero, por fin un día la vio. En el mismo sitio de la otra vez. Estaba más pálida, y tal vez algo más delgada, pero no desmerecía en absoluto de la imagen que habitaba en su recuerdo. Al principio sintió ganas de huir, ya que no se sentía capaz de afrontar un rechazo. Y es que era ella una jovencita, mientras que él era un viejo. Sin embargo, ¿por qué iba a tener tanta importancia la edad? Inspiró profundamente, trató de cortar las alas que le habían brotado a su estómago, y se dirigió hacia ella.

Ella le miró, y no pareció reconocerle. Sin embargo, le sonrió. Durante un terrible instante, pensó que no sabría qué decirle para no parecer un estúpido, pero la lengua se le destrabó y consiguió articular con voz clara:

- Hola, ¿Lucía?

- Sí... – ¡¡No se lo podía creer!! ¡¡Era cierto!! ¡¡Ese era su nombre!!

- Bueno, tal vez no me recuerdes. Nos conocimos hará cinco meses, en esta misma calle.

- ¡Claro que me acuerdo! ¿Qué tal estás?

- Bien, bien. Quería decirte que, en realidad, si casi me caigo aquel día fue por verte, porque me pareciste un ángel que había bajado del cielo – Vaya, audaz, aunque la última frase tal vez había sido un poco cursi. Sin embargo ella sonrió, pese a que no parecía captar bien lo que él quería decir. -. ¿Quieres venir conmigo a un lugar más tranquilo para charlar un rato?

- Sí, claro. ¿Tienes algún sitio en mente?

- En realidad no. Yo no vivo aquí. Estoy trabajando en el Centro como voluntario.

- Yo conozco un sitio fantástico. – Ella le agarró de un brazo. El corazón de él quería salirse del pecho. Podía oler el perfume de ella, a rosas, y le pareció que flotaba-. Vamos.

Caminaron unos diez minutos hasta llegar a un edificio que no desmerecía en absoluto del estado de ruina general del barrio. Durante el camino, Luis le habló de su solitaria vida, de su trabajo en el Centro, que era solo para volver a encontrársela. De cómo había leído su nombre, como por telepatía. Ella le sonreía y asentía ante sus palabras. Cuando entraron en el portal oscuro, Luis vio que era una pensión, pero no tenía ojos más que para ella. La hubiera seguido hasta el infierno para pedirle su mano al demonio en persona.

No había bedel en el mostrador, pero ella tenía una llave. Seguramente vivía allí. Subieron a la segunda planta y avanzaron por un pasillo con pedazos de papel

amarillento despegándose de las paredes, hasta que llegaron a la quinta habitación. Había palabrotas y nombres grabados en la endeble puerta de madera. Ella dio dos vueltas a la llave en la cerradura y entraron.

La habitación no estaba muy limpia, y era evidente que ella no vivía allí: no había ni un adorno, ni un detalle personal. Se quitó el abrigo y se sentó en la cama, mientras él no cesaba de parlotear como un loro. Le habló de sus deseos de tener un hijo, de la relación con su madre, de las burlas infantiles, de su trabajo de bombero... pero sobre todo, le habló de lo que había supuesto el conocerla. De la esperanza con la que se levantaba todas las mañanas de la cama, de la ilusión que le suponía este tardío descubrimiento del amor... Y, de repente, ella se levantó, se puso a su lado y le besó, y él se sintió a morir. ¡Ella le deseaba! ¡Aún no era tan viejo! La abrazó con fuerza, y devoró sus labios, como nunca había hecho con nadie. Deseaba poseerla en cuerpo y alma. No salir jamás de esa habitación. Tener al fin sus hijos. Con ella, con Lucía. Pero de repente, ella le separó.

- Bueno, cariño. Yo cobro por adelantado. Son 15.000 por servicio completo, y te daré todo el amor que quieras. Eso sí, tienes que usar condón.

- ¿Cómo? ¿servicio completo? – Farfallo sin acabar de comprender.

- Pues eso, servicio completo. Te hago una mamada y luego me la metes por donde quieras.

Entonces Luis dejó de escuchar. Dejó de ver. Dejó de sentir. Una niebla roja veló sus ojos. Un pitido ensordeció sus oídos. Todo el cuerpo le temblaba como una hoja. Fue entonces cuando realmente perdió el sentido.

Luis seguía sentado en la cama, cubierto de sangre. Seguía sin recordar exactamente lo que había hecho, pero ahora ya sabía de quien era la sangre. Y una cosa era no recordar, y otra no saber. Se volvió tembloroso a mirar al otro lado de la cama y vio como desde el suelo se extendía un charco de sangre. ¿Habría oído alguien algo? Fue al baño y se limpió como pudo. Tenía sangre incluso debajo de las uñas, y no pudo quitársela bien. Luego se puso los pantalones y miró el desaguisado. Nadie le había visto entrar ahí con ella, pero no podía irse así como así. Sus huellas estarían desperdigadas por toda la habitación: él había visto muchas películas de policías. Limpió todo lo mejor que pudo con su camisa, y luego se la puso. Se ató la chaqueta para que no se le vieran las manchas de sangre, y asomó despacio la cabeza por la puerta para ver si había alguien en el pasillo. Salió sigilosamente y, con paso

apresurado, se dispuso a bajar a la calle pero, de repente, se detuvo. En la escalera que subía al tercer piso había un yonki, tendido en el descansillo. Veía su pecho moverse, así que estaba vivo. Había conseguido quitarse la jeringa, pero no se había soltado el cinturón del brazo. Seguro que acababa de colocarse. Entonces, se le ocurrió una escapatoria. Pensó los pros y los contras de su plan, y se dio cuenta de que la mejor forma de que no le buscaran era darle directamente a la policía un culpable, así que no tuvo la mas mínima vacilación. Se puso el brazo del drogata en torno al cuello y lo alzó en volandas. Apenas pesaba, estaba muy consumido: Luis podía estar seguro de que no despertaría en un buen rato. Si ni siquiera podía abrir los ojos.... El pobre infeliz gruñó levemente y le cayó un hilo de baba por la comisura de los labios. Apenas tendría veinte años, pero parecía tener cincuenta. Luis volvió de nuevo por el pasillo y abrió la puerta de la escena del crimen. No se había molestado en volver a cerrarla con llave. Dejó a su presa encima de la cama, con el cinturón aún en torno a su bíceps y observó el cuadro. Aún faltaba algo. Lo primero, volvió al descansillo a recoger la jeringuilla usada. La cogió con un pañuelo, no solo por temor a contagiarse de algo, sino también para no dejar huellas; y volvió con ella a la habitación, dejándola al lado de aquel despojo humano. A continuación, cogió las manos del yonki y las untó en la sangre que empapaba la mesilla y la colcha. Retrocedió unos pasos para contemplar lo que iba a ver la policía al entrar en la habitación y asintió, satisfecho. Luego salió de nuevo al pasillo, cerró la puerta, y bajó a la calle. Nadie lo vio salir. La brisa le refrescó la cara sofocada, y casi no pudo contener una carcajada que pugnaba por salir de su garganta. Metió las manos en los bolsillos y se fue hacia su casa. “Nunca más” se dijo “Nunca más me volveré a enamorar”. Y con esa letanía se fue del barrio para no volver nunca más.

FIN

